

MARÍA DEL MAR RAMÓN

LA  
MANADA



emecé

MARÍA DEL MAR RAMÓN  
LA MANADA

emecé

# PARTE I

1.

10 de junio de 2004

No fue sino hasta que Hache escuchó el golpe seco en el suelo que se percató de lo que había hecho. Casi como si ese estruendo lo hubiera despertado de sopetón de un sueño, aunque siempre estuvo despierto. Parpadeó un par de veces y miró a su alrededor: contó cuatro cuerpos de pie y uno en el suelo.

Vio el hilo de sangre sobre el pavimento con ese color vinotinto ciruela, espeso y violáceo. La sangre mezclada con el color gris del piso. La sangre pasando sobre las piedritas y la suciedad de la calle. La sangre formando el cauce de un río seco.

Se miró la mano. No porque le doliera, sino para chequear que estaba entero, que sus extremidades seguían ahí. Entonces vio sus nudillos que empezaban a hincharse enrojecidos y con sangre. No supo de dónde venía, de quién era, si era suya o ajena. Abrió la mano y volvió a cerrarla. Levantó la cara; miró el cuerpo en el suelo y a los que estaban parados. Sus caras, todavía desencajadas, como hienas hambrientas, empezaban a confundirse entre la adrenalina y la preocupación. Todos

miraron el cuerpo en el piso sin acercarse, sin mirar si estaba bien, si respiraba. Con babas en la boca, todavía desbocados, permanecían inconscientes. El episodio transcurría en cámara lenta y Hache no podía calcular el tiempo. Habían pasado segundos, pero en su mente los hechos eran una nebulosa incomprensible, estaban suspendidos como partículas minúsculas que flotan en el aire.

Hache volvió a mirarse la mano, vio sus caras y recapituló que el último golpe, el que había sido culpable del desplome de su contrincante, lo había propinado él. Mientras trataba de poner en orden los sucesos en su memoria, uno de los muchachos lo agarró por la espalda: “¡Vamos, vamos!”. Los otros tres corrieron y Hache sintió un empujón para que se uniera a la carrera, así que también corrió. Sentía cómo rebotaba su cuerpo contra el suelo. Corrió cada vez más rápido y empezó a olvidarse de sí, a dejarse junto a ese cuerpo tendido en el suelo. Ninguno de los cuatro miró hacia atrás. Hache quiso, pero no lo hizo. Pensó en llamar a alguien, pedir perdón, preguntar si había causado mucho daño, esperar ayuda, saber si ese chico se iba a despertar, parar todo lo que estaba pasando, también quiso llorar. No hizo ninguna de esas cosas, solo corrió detrás de todos los demás. Corrió tan rápido que logró adelantarse a la manada, sus zancadas se hacían más veloces y se sentía un animal capaz de levantar vuelo. La mano no le dolía y en su cabeza quedó un silencio que acalló la zozobra.

Cuando se empezaron a cansar y decidieron que no tenían que huir más, se detuvieron detrás de un muro alto en una calle solitaria. Uno le gritó a Hache, quien, al escuchar, disminuyó la velocidad y se devolvió caminando agotado hacia donde estaban. Le faltaba el aire, pero su cuerpo tenía una cadencia nueva, despreocupada. Los hombros altos, pero no tensos. Era

como si su figura hubiera ganado algunos centímetros. Se sentía, de alguna manera, más liviano.

Al principio no hablaron. Apenas y podían jadear.

Hache no les dijo entonces, ni ese día, ni en ningún otro, que esa había sido la primera vez que había golpeado a alguien. Y que ese, Juani, quien ahora yacía inconsciente sobre un charco de su propia sangre, sin siquiera poder preguntarse por qué había sido esa su suerte, era su gran amigo desde la infancia, en su colegio anterior. El vecino de la casa en la que él había vivido hasta hacía apenas un año.

Hache no les mencionó que Juani y él se habían hecho la primera paja juntos viendo pelis porno a escondidas, a los doce años. Tampoco les contó que cuando el padre de Juani había muerto, Juani había vivido con él durante un mes mientras la madre se reponía del duelo. No les confesó que lo quería. Juani tampoco pudo decírselos. El ataque fue tan repentino y contundente, los golpes de todos, la sorpresa y la violencia, que él tampoco llegó a expresar que no entendía por qué cuatro extraños y un viejo amigo lo golpeaban así. ¿Fue por miedo? ¿Por orgullo? ¿Por vergüenza que Hache mantuvo eso como secreto? Ya no importaba. No llegó a confesarlo en ese momento e ignoraba que no llegaría a contarlo nunca. Que esa sería la última vez que vería a su amigo con vida, con la expresión de angustia en los ojos, sin poder hablar, mirándolo con una mezcla de pánico y desilusión antes de que él, Hache, lo matara de un puñetazo.

2.

Lo más evidente tuvo que haber sido la foto de un muchacho parecido a su hijo, sobre todo, parecido a su marido, que posaba con el diploma de algún colegio en sus manos. Sonriente, orgulloso, feliz. Ana de Brigard nunca habría visto esa foto si no hubiera sido porque unas horas antes, en un arranque atípico de autonomía y de no querer molestar a su esposo para todos los trámites, había llamado al contador de su familia, don Guillermo Saldarriaga, para que la ayudara a organizar la documentación económica para renovar la visa europea de todos los miembros de su familia y así poder planear unas vacaciones. Saldarriaga había llegado temprano. Era un señor con un bigote espeso y canoso arriba de la boca, que debía acercarse o había pasado ya su edad de pensión, pero que se rehusaba a dejar de trabajar. Se había encargado personalmente del favor que Ana le había pedido, por cariño a su madre y por la afinidad de sus apellidos. Saldarriaga carraspeó:

—Ana, no sé si estoy equivocado, pero Manuel y tú solo tienen un hijo, ¿verdad?

Ana se sorprendió por la pregunta, pero asumió que la hacía por algún olvido de su edad, así que no se ofendió:

—Sí, Guillermo, se llama Hache y ya tiene diecisiete. ¿Por?

—Bueno, en la declaración que me pasaste de las cuentas de Manuel se pagan dos colegios. Me resultó curioso, pero quizás sea un error mío —Saldarriaga sabía que no se había equivocado y dijo eso solo por amabilidad—.

Ana usó cada músculo de la cara para disimular la sorpresa. Ambos coincidieron en que debía ser un error y procuraron escapar a la incomodidad de saberse dueños de una información que permanecía secreta, de acabar de descubrir una verdad ajena para los dos. Ana le dijo que lo comentaría con Manuel y acompañó a Saldarriaga hasta la puerta de su enorme casa, no sin antes pedirle el nombre del colegio al que hacía referencia y también el titular de la matrícula que se estaba pagando. Saldarriaga no se resistió, le entregó los papeles y volvió a decir que seguramente sería un malentendido, en esta oportunidad más con un tono paternal que profesional.

Apenas cerró la puerta, Ana de Brigard entró en una búsqueda frenética que empezó con llamadas al colegio, donde le respondieron que efectivamente Manuel pagaba la mensualidad de Miguel Martínez, quien tenía el mismo apellido de su marido. Tragó saliva, pero antes de llegar a una conclusión obvia, fue como maníaca a husmear entre los papeles de Manuel. Menos de cuatro horas. Ese fue el tiempo que tardó en descubrir que Manuel, el padre de Hache, su único hijo de diecisiete años, y su marido desde hacía más de veinte, tenía otro hijo apenas dos años menor que el suyo. La verdad siempre había estado ahí y ella no supo, o no había querido saberla.

Solo bastó esa única oportunidad para vencer los celos con los que Manuel llevaba sus cuentas y descubrir la mentira. La vida paralela. El engaño fatal de saber que su marido le había dado su apellido a alguien más.

En principio se sintió iracunda, pero sobre todo tonta. Se quedó un rato largo observando la foto con el gesto ensombrecido. Es verdad que llevaban mucho tiempo de casados y que no era un matrimonio fogoso, pero para Ana esa era una realidad inevitable del paso del tiempo. Nunca había sido una mujer celosa porque siempre se había imaginado que su marido tendría aventuras, como las había tenido su padre, pero que jamás la abandonaría, que jamás traicionaría su hogar. Además de esa decepción dolorosa, el sentimiento que imperó fue el profundo temor de reconocerse como una negadora profesional, así como su madre. Ana nunca había querido parecerse a ella, había hecho una vida con el precepto de ser una persona distinta, desafiante de sus normas. Tanto que había terminado por casarse con Manuel, un tipo de una familia trabajadora de quien su mamá siempre había renegado con displicencia y a quien nunca había terminado de recibir. Ahora no solo sabía que su mamá tenía razón, sino que ella también era capaz de fingir una vida feliz que no existía, que quizás nunca había existido y eso, saberse no mejor sino igual o peor a su madre, la lastimó.

Se sintió tan conmocionada que corrió al cuarto a buscar algo para tomar. Algún Clonazepam que hubiera quedado dando vueltas, algún Valium para un dolor de espalda ocasional, pero no encontró nada. Pensó en entregarse a su desdicha y llamar a su madre para pedirle Rivotril o alguna de las pastillitas que ella cargaba cuando le temblaban las manos de los nervios, pero entendió que tendría que confesar. Apenas era mediodía y, además de la empleada, nadie entraría a su casa durante un par

de horas más, así que prefirió llamar a Talita Sánchez, que seguro tendría su propio botiquín.

Talita contestó de inmediato. Ella tampoco estaba haciendo nada. En realidad, Talita no estaba haciendo nada porque nunca había querido hacer nada y solo se había casado bien y tenía tres hijos que ya estaban grandes, junto con dos empleadas que los habían criado. Se conocían con Ana del club y de un grupo de apreciación del arte que Ana había organizado para sus amigas, que eran poco más que conocidas, allí. El club había durado tres meses. Al principio, Ana se había esforzado muchísimo por elevar la calidad y darle seriedad a lo que los maridos de las asistentes llamaban despectivamente un costurero. Las cuatro primeras sesiones, Ana se encargó de invitar especialistas y preparar las clases para que fueran dinámicas y llenas de datos o información para sensibilidades quizás un poco distintas. Después del quinto encuentro, frustrada por el ánimo de las participantes a hacer de ese espacio algo menos que un costurero y más una sesión de viperinos chimentos, Ana dejó de intentarlo, pero se hizo más o menos cercana a Talita, que coleccionaba obras carísimas, no siempre de buen gusto, solo porque las podía pagar.

Esa había sido su última pretensión profesional. Ana había estudiado Filosofía cuando había tenido que elegir carrera, en parte para desafiar a su familia que soñaba con que ella fuera abogada y en parte porque su vida soñada era bastante similar a su vida actual. No estaba bien visto, pero ella nunca había querido nada más que lo que tenía: un título profesional, curiosidad, un marido acaudalado y algunos cursos anuales, con algunos textos que nunca terminaba de escribir.

Cuando Manuel la conoció, en una fiesta a la que fue invitado por el azar de la meritocracia, estaba recién graduado de ingeniero, vivía en una pensión y había planchado sobre su

cama la camisa que usó esa noche. Hijo de un padre duro como el acero, se había convertido en el orgullo de los suyos al haber resultado como el primer profesional en una familia de cuatro hermanos.

Sería una mentira decir que a Ana no le encantó el origen humilde de Manuel: su recato con la plata, su disciplina y su ambición capitalista por algún día tener algo de todo lo que ella conocía de antemano y también la certeza de que sería un amorío comentado e incómodo para su familia. Esa era la revolución más contundente de la que Ana era capaz y ello le pareció suficiente.

A Manuel no le gustaba alardear sobre la academia. Entendía el ascenso social que le había significado, pero también se sentía honrado por la cultura del trabajo: la sencilla noción de levantarse todos los días y hacer algo que no te gusta, dejando de lado tu propia voluntad y sin mezclar tus inclinaciones personales solo por la oportunidad de producir un sueldo para llevar a casa, tal y como había hecho su padre ya fallecido. El dueño de un puesto para lustrar zapatos a la salida de un centro comercial de otra ciudad, quien durante más de treinta años se había agachado literalmente ante los pies de los ricos para garantizar su propio porvenir.

El día que Manuel se casó con Ana inauguró algo que había aprendido de su padre y algo que haría hasta el día en el que no fuera necesario: fingir y actuar una clase social ajena a la suya. Sabía los códigos, entendía la soltura con la que hay que posar para pasar inadvertido y descomplicado, casi como si fuera un segundo idioma que dominaba con agilidad.

La gente que no tiene que preocuparse por el porvenir puede habitar el mundo con más liviandad. Había entendido cómo hacer eso y lo había ensayado tantas veces hasta que le

salió natural. Hasta que las propiedades adquiridas pagaron también la laxitud de su gesto reacio y le permitieron relajarse con genuinidad.

Sin embargo, solo él sentiría, cada tanto, un pequeño gesto en la cara de la mamá de Ana: un respingo inconsciente que ella haría muchas veces desde que él desposó a su hija. Una marca invisible, como un lenguaje cifrado, que él entendía tanto como ella. Un ademán ante alguna palabra que él dijera con una pronunciación que a ella le sonara extranjera, o si se le notaba la angustia por la extravagancia de la riqueza, si veía que él temblaba un poco antes de tirar billetes sobre la mesa por algo que consideraba demasiado caro, o si en algún momento se distraía y comía rápido, con el hambre voraz y milenaria que tienen los de su clase y que nunca van a sentir o entender los aristócratas. Ambos lo notarían, y ella, apenas con la mirada o con ese movimiento involuntario de asco en la nariz, le haría saber que él nunca sería del clan, a pesar de tener todas las cosas necesarias. Que él siempre sería un extranjero en ese país de los ricos y despreocupados. Un visitante ocasional. Un prescindible. Un turista.

Manuel era inteligente como un delfín y disciplinado como un soldado. Con la noticia de su inevitable matrimonio con Ana, los de Brigard habían, por supuesto, movido un par de contactos para que su yerno tuviera un puesto en una empresa a la que no habría accedido de otro modo, pero nadie podía decir que la pequeña fortuna que había cultivado al momento del nacimiento de Hache no se la había ganado con trabajo. A Manuel lo atormentaban los lujos que sus abuelos le daban a su hijo y se esforzaba con un exceso de energía por ejercer autoridad desde la austeridad que le parecía una buena crianza, incluso a costa de muchas, muchísimas, peleas con Ana.

Como padre besaba a su hijo con frecuencia y le acariciaba cariñosamente la cabeza al pasar, pero era consciente del gesto. Nunca dejaría de ser para él una actitud subversiva que de alguna forma tenía que forzar. Sin embargo, cuando Hache sacaba malas notas, el regaño era singular. Solo le pegó una vez, a sus once años, cuando descubrió que Hache había falsificado su firma para ocultar que le estaba yendo muy mal en el colegio. Manuel se enojó mucho al descubrirlo y meditó durante algunas horas el castigo. Le parecía que tenía que ser ejemplar, no solo por el tema académico, sino por la mentira. Además, secretamente, se había sentido humillado al no enterarse, y eso lo hizo sentir ridículo y mal padre. Con el fin de salvarlo de una vida criminal, decidió llamarlo y explicarle que le iba a dar tres correaos. No lo golpearía estando enojado, Manuel no quería que un acto de instrucción se tornara en violencia. Le daba pánico sentirse embargado por la ira y la frustración y disfrutar de golpear a su propio hijo. Al terminar, se sintió tan miserable frente a la imagen de Hache llorando de dolor y miedo, que recordó que acababa de latigar a un niño, apenas un niño. Respiró profundo y salió de su estudio dando pasos firmes hasta el baño, donde sollozó en secreto sintiéndose un salvaje. Nunca más usaría el castigo físico contra Hache ni contra nadie. No quería volver a sentirse como su padre. Finalmente, todo el mundo lucha con uñas y dientes por diferenciarse de su crianza. Todo el mundo, por exceso o por defecto, es víctima de la profunda contradicción filial: el agradecimiento y el resentimiento de las decisiones ajenas sobre el cuerpo propio, sobre la propia humanidad.

Talita Sánchez estuvo en menos de diez minutos en la casa de Ana con el Rivotril en la cartera. Al verla tan nerviosa, no se resistió a la tentación de conocer las razones y Ana, víctima de su propia conmoción y su propia tristeza, no se aguantó

contárselas. Talita la escuchó atenta y la abrazó con tanta fuerza que Ana se entregó a su abrazo sin cuestionar su intención. No tenía más amigas y pretender que no pasaba nada le resultó una tarea imposible, así que empezó a decir palabras con lágrimas y mocos y saliva. Le escupió su indignación: Manuel habría podido tener amantes si hubiera querido, se habría podido coger a las empleadas de servicio de las casas, como hacían todos los otros maridos. Habría podido irse de putas, nada de eso la habría molestado demasiado. Incluso habría podido tener otro hijo, mil hijos con mil mujeres forasteras para el caso, pero mantener a otro hijo y tener activo el vínculo, serle leal a otra casa, a un hogar con una mujer en el que quizás era más feliz, era algo que no podía perdonarle. Odió el sentido de ética de su marido de tener contacto con ese otro muchacho durante toda la vida. Odió que él se hubiera sentido obligado a responder por algo que para ella era descartable y circunstancial. Odió la mentira y sintió asco por tener que compartir algo más que la verga de su marido; incluso su amor y su atención era algo que podía permitir, pero no iba a soportar compartir sus apellidos, porque el apellido de Manuel ahora estaba ligado con el suyo, y no cualquiera podía ostentar algo así.

Talita no se aguantó la curiosidad y convenció a Ana de que fueran a la dirección registrada en la matrícula del colegio para compilar pruebas todavía más contundentes. A fin de cuentas, ella vivía aburrida y esto sería, cuanto menos, una buena historia. Levantó a Ana del sofá, que aceptó con la voluntad de un poseso y se fueron en el auto hasta una casa en un barrio de casas clásicas de la capital, devenido en una especie de comuna de trabajadores de clase media baja. Estacionaron al frente de la casa de la dirección que habían encontrado, mientras Talita le contaba a Ana historias de cómo había descubierto las infidelidades

de los maridos de todas sus conocidas, aunque ninguna incluía una sucesión de apellidos. Después de algo más de una hora, salieron de la casa el muchacho de la foto, acompañado de una mujer de tez más morena, pelo largo y curvas mucho más pronunciadas que las suyas. Ana pudo reconocerla de algún almuerzo de la oficina, pero no pudo reconocer más detalles porque ni siquiera la había registrado y mucho menos había imaginado a su marido con ella. La mujer abrazó al muchacho y ambos se perdieron en la siguiente esquina. A Ana se le brotaron los ojos al verlos mientras Talita sacaba fotos con una cámara digital recién estrenada y despotricaba sobre el gusto inmundito de Manuel y el atrevimiento de haberle sido infiel con semejante ordinaria, como llamó a la mamá del chico. Un par de minutos después, cuando la calle estuvo vacía, Ana abrió la puerta del auto y vomitó la acera.

Cuando volvieron a su casa, Ana, pálida como un fantasma, y Talita, triunfal de haber logrado la misión propuesta, se tomaron un té, que Talita condimentó con unas gotitas más de Rivotril y le dio otro abrazo a Ana para contenerla. Con el cuerpo lánguido de Talita Sánchez encima y sus ojos ya hinchados, se arrepintió de haber hecho parte a esa sabandija chismosa a la que le tenía cariño. Talita no se guardaría el secreto; si ella lo sabía, todo el club lo sabría, de modo que Ana tenía que salvaguardar su buen apellido y separarse cuanto antes. Cambiar de casa, intentar cambiar de vida; de ese modo inauguró el principio de la peor tragedia de su vida y también selló la prematura muerte del hijo de su vecina en manos del suyo. Años después se preguntaría por el momento de esa decisión. Por esa foto que había puesto en marcha lo inevitable de un destino que en ninguna fantasía pesimista ella podría haber previsto. La vida es así; imprevisible, cruel y errática, se diría para consolarse.